

El Arte de la Guerra.

Andrés Morales M., 1995.

III

Que no se cumpla así nuestro destino.
Que nos devuelva el mar aquella noche
hiriéndonos el cuerpo para siempre,
hiriéndonos, manchándonos, mordiendo
la dulce arena blanca que nos cubre.

VI

La ciudad es para ti. El plano
de calles y estaciones;
las palabras dichas al azar,
únicas imágenes dolientes,
pálidas en todo aquel espacio.

XVI

Felices los amantes en el sueño
muriendo en trance frágil, deslumbrante,
creyéndose en el dulce y cruel latido.

XX

Luego la batalla repetida,
los cuerpos en la escena con su carne:
visiones, exhabruptos, dentelladas;
muerte pasajera, resurrecta,
vívica humedad de cielo en tierra,
tierra de las nubes en las manos.

Y en los dedos de los pies, en la saliva,
en un trozo de piel, en todo el cuerpo,
llamaradas, laberintos, viento agreste
que cura y no da tregua
al hambre de tus aguas,
al peso de tu centro.

Y luego la embestida del furioso,
la rabia del dulce arrobamiento,
el hueco o el vacío, la distancia,
el ritmo que no cesa y que no cesa:
el labio en la cintura,
la huella de tu paso,
el ojo entre los dedos que resuella.

Una y otra vez la voz del cuerpo,
la voz que se desgarraba abandonada
en dos fracciones juntas y distintas,
en dos amantes ciegos que se besan.